

HOMILIA DE LA MISA INAUGURAL DEL XXV CAPÍTULO GENERAL

Lecturas:

Primera: Ap 21, 9b-14

Evangelio: Jn 1, 45-51

¿Qué buscáis? Ésta es la expresión que el Evangelio pone en labios de Jesús cuando dos de los discípulos de Juan, el Bautista, se acercan a él. Es la primera vez que Jesús habla en el Evangelio de Juan. Hasta ese momento el evangelista nos ha presentado, en el prólogo, los grandes temas de su evangelio y, en el resto del capítulo primero, el mensaje de Juan Bautista. Algunos discípulos de éste se han sentido interpelados por la presencia de Jesús y van dónde él. El diálogo es corto: ¿qué buscáis? La respuesta de los discípulos es otra pregunta: Maestro, ¿dónde vives? Y la respuesta de Jesús es telegráfica: venid y veréis. Comienza un camino que responde a una búsqueda. Hay que ponerse en marcha, confiar y compartir. Sí, no se trata de “entender explicaciones”, sino de compartir una experiencia y un proyecto. Ésta es la escena que enmarca la que nos narra el párrafo del Evangelio que acabamos de escuchar.

Los dos discípulos encuentran a sus compañeros y les comunican ya el primer resultado de su experiencia: “hemos encontrado a Jesús”. No hay muchas explicaciones pero, a pesar de ser un hombre de Nazaret, intuyen que en él se dan cumplimiento “la ley y los profetas”, han visto que en él se puede tocar la cercanía de Dios. La sorpresa corrobora una imagen de Dios que Jesús irá corrigiendo a lo largo de su ministerio: ¿de Nazaret puede salir un profeta así? La respuesta de los dos discípulos a Natanael es la misma que les dio Jesús a su propia pregunta: “ven y verás”.

Natanael responde a la llamada. Jesús le acoge y le reconoce como un israelita sin falsedad. No se nos explica qué estaba haciendo Natanael debajo de la higuera, pero se trata de algo que podemos pensar que impresionó a Jesús. Se sorprende Natanael, pero Jesús le dice que verá cosas mucho mayores si se queda con su comunidad.

¿Qué buscáis? Es una pregunta y una invitación. Dejarse acompañar por Jesús en esta búsqueda es la garantía para encontrar la respuesta que colmará la aspiración más profunda de nuestro ser. Y lo bello es que Jesús llama a hacer este camino en comunidad.

¿Qué buscáis? Fue también la pregunta que Jesús hizo a quienes iban a detenerlo, guiados por Judas, en el huerto de Getsemaní. En aquella ocasión no hubo voluntad de unirse a la comunidad sino de destruirla, porque se habían dado cuenta de que era “demasiado peligrosa” para los intereses de algunos. Como dice el mismo Jesús, era la hora del poder de las tinieblas que únicamente su muerte y su resurrección iban ya a disipar e iluminar.

La primera lectura, del libro del Apocalipsis, nos habla de esa novedad a la que se refería Jesús. Comienza el capítulo 21 hablando del “cielo nuevo y la tierra nueva” y sigue presentando esa nueva ciudad, la “nueva Jerusalén”, edificada sobre el testimonio de quienes compartieron la vida con Jesús, los apóstoles. Una ciudad bella, sin templo porque Dios habita en medio de su pueblo, iluminada por la gloria de Dios y con sus puertas siempre abiertas. En esa nueva realidad Dios mismo secará las lágrimas de quienes lloran y en ella habitará la justicia. Es la respuesta definitiva a la búsqueda que puso en camino a los discípulos, una respuesta que colma no sólo las aspiraciones de todo ser humano sino que se hace realidad en la vida de la comunidad humana. Es una respuesta que se da como don y como tarea, porque quien cree firmemente en esa promesa de Dios no puede sino comprometerse a ir haciendo realidad concreta en el momento histórico y en el lugar geográfico en que le toca vivir como miembro de esta humanidad en camino.

¿Qué nos dice esta Palabra que hemos escuchado a nosotros que nos disponemos a iniciar nuestro itinerario capitular? ¿A qué nos invita? Insinúa tres pistas que nos pueden ayudar a acoger el mensaje de la Palabra de Dios.

Ante todo nos invita a escuchar de nuevo la pregunta: “¿qué buscáis?”. ¿Qué nos ha hecho poner en camino? ¿Qué buscamos realmente: la voluntad de Dios, nuestros intereses, una seguridad distinta a la que nos ofrece Jesús? Es una buena pregunta al inicio del itinerario capitular. Y será bueno no olvidarla, sino dejar que se vaya repitiendo en nuestro interior. ¡Hay tantas tentaciones durante un Capítulo!

Estamos invitados a escuchar también de nuevo la invitación: “venid y veréis”. Es la llamada de Jesús a vivir una experiencia: de encuentro con él y con la comunidad de quienes buscan en él la respuesta a sus inquietudes. Ponerse en camino, no buscando seguridades ni explicaciones, sino buscándolo a él y dispuestos a unirnos a su proyecto de vida: hacer la voluntad del Padre.

Nos pide abrir nuestro corazón a la novedad que Jesús nos anuncia y a la que nos llama a participar: el nuevo cielo y la nueva tierra, donde habita la justicia. Nos acecha por doquier la tentación de relativizar, de no acabar de creer en esta promesa de un modo que sea capaz de llenar de sentido nuestra vida y de comprometernos en acercar la historia a esta meta. Nos acecha igualmente la tentación de creernos nosotros poseedores o propietarios de esa nueva realidad dentro de la que buscamos un lugar de privilegio que nunca se nos dará. Recordad que el único privilegio que Jesús prometió a Juan y Santiago, cuando pedían sentarse a su derecha y a su izquierda, fue el de “beber el cáliz que Él mismo iba a beber”. Nos acecha la tentación de dejar de mirar el horizonte que nos descubre el Señor y quedarnos en aquellos temas internos que simplemente nos preocupan porque sentimos que pueden darnos más seguridades o afianzar nuestra posición. Es la tentación a la auto-referencialidad que tantas veces ha denunciado el Papa Francisco y sobre la que hizo un diagnóstico exigente en su discurso a la curia romana que podría ser perfectamente aplicable a nuestra comunidad capitular.

Miremos hacia Él para poder mirar al mundo con la compasión que llena su corazón. La promesa que hemos escuchado nos dará un profundo consuelo y una audacia extraordinaria para orientar nuestro futuro. Sea el Capítulo para cada uno de nosotros un tiempo de soñar un futuro según el corazón de Dios y de creer que es posible porque Él lo ha prometido. Ahí encontraremos la fuerza para comprometernos a pesar de todas nuestras debilidades y limitaciones.

Roma, 24 de agosto, 2015

Josep M. Abella, cmf.